

MARCOS ACEITUNO DONOSO, *Las «promesas de Dios» en San Pablo. Estudio exegético-teológico de Gál 3,19-22 y 2 Cor 1,15-22*. Tesi Gregoriana. Serie Teologia 211. Roma, Editrice Pontificia Università Gregoriana, 2014, 298 págs.

El texto constituye, como se dice, una tesis para la obtención de un doctorado en teología en la P. U. Gregoriana. En la misma, luego de una breve introducción (pp. 7-19), analiza siguiendo un esquema similar, primero el texto de Gál 3,19-22 (pp. 23-128) y luego el de 2 Cor 1,15-22 (pp. 131-224). Finaliza con una conclusión (pp. 227-249). Lo acompaña con un glosario de términos técnicos (pp. 251-260), un índice de siglas y abreviaturas (pp. 261-268), bibliografía (pp. 269-285) y un índice de autores (pp. 287-292).

El análisis de cada uno de los textos tiene, como se dijo, el mismo esquema: el contexto (pre-texto y contexto), la lectura particularizada versículo por versículo y, finalmente, una síntesis teológica.

Como se señala en la introducción, el método aplicado será el retórico, siguiendo la disciplina de la *New Rhetoric*. En este sentido, el autor sigue bastante fielmente a J.-N. Aletti y, particularmente, a A. Pitta, autor que cita en casi todas las páginas del trabajo.

Llama la atención la enorme cantidad de errores de ortografía de un texto que seguramente ha sido corregido y revisado, además de frases inconclusas, construcciones incompletas o hasta incomprensibles (pp. 157, 159 constituyen un ejemplo de esto). Es posible que el castellano no sea la lengua materna del autor (catalán), lo que permitiría comprender esto (es extraño, por ejemplo, que, para referirse al «oeste», lo abrevie «W», cf. p. 29, n. 26, y p. 132, n. 6). Es posible que el texto haya debido ser resumido para su publicación (y no debidamente revisado), porque en ocasiones hace referencias incompletas, como en p. 90, n. 142, donde habla de «un doble uso» y solo alude al primero, o en p. 112, donde habla de cuatro características y menciona solamente tres, o en p. 123, donde afirma que ofrece «dos

puntos teológicos» y solamente señala el primero, o en p. 185, n. 76, donde se habla de «este exegeta» sin que se diga a quién se refiere, o en p. 209, donde menciona «en primer lugar» sin que luego haya otro, o en p. 210, donde hay «a)» y no hay «b)», o en p. 114, n. 30, en que se alude a Comm. Gal. III,15 sin que se diga a qué autor clásico remite y sin que se encuentre mencionado en la lista de abreviaturas. También es llamativo, quizá debido a que se trata de una tesis doctoral, que no haya ningún esfuerzo del autor en ser comprendido por los lectores. La enorme cantidad de oraciones enteras que requieren varias lecturas para su comprensión hace sumamente tediosa la lectura.

Es sabido que los estudios paulinos están en un momento muy interesante de debate acerca de cómo leer esos textos, criterios e incluso intensos debates, todos ellos ausentes en el trabajo. No hay menciones a la *New Perspective* ni a la lectura contextual o política (por ejemplo, autores como N. T. Wright, N. Elliott o R. Horsley no aparecen mencionados en la lista de autores, mientras que J. D. G. Dunn solo es mencionado al pasar en una nota, lo mismo que R. Jewett en un texto de difícil comprensión); de hecho, siguiendo a A. Pitta se muestra crítico o cauteloso de la «sociología neotestamentaria» (pp. 34 y 36, n. 52).

No hay una lectura detallada del Pablo histórico (además de que parece seguir acríticamente lo presentado por Hechos de los Apóstoles, que merece, al menos, una mirada exhaustiva totalmente ausente: habla de «tercer viaje» (pp. 25 y 33) o de la «cronología absoluta» y de Galión (p. 133). Su trabajo es —como se ha dicho— retórico, siguiendo «los cánones de la retórica clásica» y la prioridad de «hallar el género del discurso» (p. 37). El criterio hermenéutico presentado es —nuevamente según Pitta— «partir del texto para llegar al mensaje que el Misionero de Tarso desea comunicar a las comunidades [*sic*] de Galacia» (p. 38). Afirma que «Pablo de Tarso sigue los cánones básicos de la epistolografía clásica» (p. 40). Así, por ejemplo, afirmando que en Gál 3,24-25 nos encontramos en una *peroratio*, rechaza el rol central que muchos autores —entre los que nos contamos— atribuyen a la imagen del «pedagogo»; vuelve a la misma metáfora en un incomprensible texto en p. 100: «En nuestro caso, el pecado debe entenderse como entidad que somete a la humanidad por decreto divino».

Resulta llamativo luego de la lectura retórica, al presentar la síntesis teológica, que el autor haga referencia a temas que no fueron mencionados en las unidades anteriores. Destaca insistentemente la unidad de Dios (lo que repetirá con muchísima frecuencia), señalando como tema principal algo que no se ve en el texto que sea tan central, además de lo trinitario, también forzado, y especialmente por ser algo a lo que no se hizo referen-

cia alguna en el análisis. Afirmar que el término polisémico *spérma* es una de las palabras «más importantes de su teología» es altamente cuestionable y debería explicar su ausencia en 1 Tes, Flm y Flp, y la ocurrencia aislada en 1 Cor y 2 Cor, por ejemplo. No es clara la referencia al E/espíritu, y con frecuencia parece hacerse una lectura anacrónica posnicena (del mismo modo que hablar del bautismo como «sacramento», p. 127) en p. 19. Así afirma que «(e)l término *pneuma* se debe entender desde el ámbito helenístico y la diáspora» (p. 191), algo sumamente discutible y no especificado o aclarado en el texto (corrige «una apocalíptica sobredimensionada, evitando tradiciones excesivamente mitologizadas, y optando por una eclesiología mística y social» (*sic*), p. 191). La sensación es que el tema de las «promesas», analizado retóricamente en las primeras dos partes, pasa a ser una reflexión teológica sobre «Dios uno y trino» en la tercera.

Al analizar la segunda carta a los Corintios también hay una serie de elementos extraños (afirmar que Pablo escribe 2 Cor desde Éfeso resulta extraño y quizá sea un nuevo error ortográfico y se refiera a 1 Cor [p. 132, n. 2], ya que en p. 140 aludirá a Macedonia), la presentación de la actuación paulina en Corinto (p. 134) es discutible en más de un punto o merecedora de análisis en otras ocasiones, pero acepta acríticamente –una vez más– la lectura ofrecida por Hechos (sobre Sóstenes, la ciudadanía romana de Pablo –¡y de Tito!–, etc., pp. 134-135), en lo histórico, en general resulta bastante débil en la argumentación (¿Julio César llevó romanos a Corinto «en la penúltima década del siglo 1»? (p. 136, n. 27). No se entiende: si afirma que, cuando Pablo y sus colaboradores evangelizan, «se presentan no con la fuerza de un discurso retórico con altas sutilezas como medio de persuasión, sino como proclamadores de la sabiduría misteriosa de Dios que se revela en la paradoja de la cruz» (p. 137; cf. p. 175), ¿cómo es que después insiste en la importancia de una lectura «retórica» de las cartas del mismo sujeto que no recurre a la retórica en la predicación? No se entiende que afirme que los «superapóstoles» acusen «a Pablo de mercadear con el mensaje divino», puesto que, en todo caso, es a la inversa (2,17). No se entiende que afirme que «El “*exordium* mayor” (cf. 2 Cor 1,3-11) se define como una eulogía típicamente paulina» cuando la *eulogía* de 2 Cor es la única vez que Pablo la utiliza en lugar de la clásica acción de gracias (cf. Ef y 1 Pe). Resulta incomprensible la afirmación de que el *kaujêma* de Pablo se apoya en la fundación de Iglesias y en la espera de la parusía (justo en 2 Cor, donde el *kaujêma* se centra en la debilidad y la semejanza de la cruz de Cristo, cf. 2 Cor 11-12). La afirmación de que “El Tarsiota [*sic*], si hubiese podido, hubiera cumplido sus planes iniciales [...] no pudo» (p. 171) es discutible; más sensato es suponer que Pablo, a pesar del plan ini-

cial de ir a Corinto proveniente de Éfeso, elige no ir (por tanto puede, pero no quiere), a fin de no ahondar el conflicto provocado por alguien que lo ha cuestionado. Hasta no tener «buenas noticias» de Tito, Pablo elige no ir para «no causarles tristeza» (1,23; 2,1...). Es también discutible que, dada la semejanza de 1,17 con Mt 5,37 // Sant 5,12, Pablo esté citando un *logion* de Jesús (p. 176).

Del mismo modo que ocurre al analizar Gálatas, en la síntesis teológica de 2 Cor el centro también está puesto en la unidad de Dios, de lo cual no hizo referencia en el análisis. La extrañeza de esto lo afirma expresamente: «De modo que Cristo revela la unidad de Dios, Padre suyo, en el evento pascual de su muerte y resurrección suyas, es decir, del Uno-Cristo para llamarnos a la Unidad» (*sic*), y en la nota refuerza: «Acentuamos este aspecto que no hallamos reflejado en otros exegetas. A lo sumo A. Pitta identifica la expresión como enigmática» (p. 194 y n. 4). Así repite que «las promesas se confirman en el Evangelio» y comienza destacando a Jesucristo «uno y fiel» (p. 205), insistiendo en lo mismo (por ejemplo afirmando que «insiste el Tarsiota [*sic*] en la fidelidad [*sic*] de Jesús en relación con su evento pascual: se revela como el Uno que muere por todos, ocupando su lugar y solidarizándose con ellos de modo vicario...» (pp. 206-207; alude a 5,14-15, sin citarlo). También habla del «espíritu, uno y fiel» (p. 213) y de la Iglesia, «el primer fruto de las “promesas de Dios”...» (p. 222), sin ninguna referencia a qué es la/las Iglesia/s en Pablo, a la cual ve como un «*plurale ecclesiologicum*» y culmina con una desconcertante referencia a la colecta (p. 224, a la que más adelante presentará como «comunidad orgánica con otras iglesias», p. 233), cuando es evidente que se trata de una comunidad con la «Iglesia de Jerusalén».

La conclusión retoma el tema de la unidad (los términos «uno/único» se encuentran 15 veces en tres páginas: 227-229), alude «a la fe mono-teísta judía del Segundo Templo» (p. 246), así afirma que «Dios en su identidad y su providencia no actúa solo, sino como Padre de Jesús y Efusor del Espíritu, sin confundirse con ellos, pero sin ser diferente de ellos. Los tres se conjugan en unidad, fidelidad y potencia divinas...» (p. 230). La formulación no resulta paulina, sino claramente anacrónica. Retoma aún más la unidad como «nota teo-lógica» (p. 236), Dios se revela «uno y rico en su unidad» (p. 237). También insiste en lo «sacramental», llegando incluso a afirmar que «la realización sacramental de la fe conducen [*sic*] a los fieles a vivir la misma experiencia filial de Jesús, por medio del rito [¿?] bautismal entendido de modo sacramental [*sic*] y histórico [*sic*], pero no es distante de la historia del mismo Señor» (p. 239). Esta «unidad divina con riqueza tripersonal es una concepción a caballo entre la continuidad que se

da con la Escritura en tiempos de Pablo y la novedad del evento pascual de Cristo» (p. 240). No se comprende la afirmación de que «Las “promesas de Dios” son también un argumento bíblico-pretrinitario» (p. 241).

En suma, las tres partes que acompañan cada uno de los dos textos analizados resultan confusas. La falta de buenos criterios históricos y críticos, del recurso a las ciencias sociales, tan necesarias para la comprensión de textos, de recurso a la Nueva Perspectiva de acceso a Pablo y al contexto que cada carta tiene, hace que el llamado «contexto» no ilumine lo necesario el siguiente análisis de los textos. El análisis supuestamente exegético es exclusivamente retórico, lo cual es, al menos, una mirada parcial para la comprensión del texto. La síntesis teológica, como se dijo (y solo hemos señalado algunos elementos), parece forzada en orden a señalar elementos de la teología posterior (Santísima Trinidad, eclesiología, sacramentos). No es por este camino, para quien esto escribe, que puede accederse a una profunda comprensión de lo que los textos afirman.

Sin duda, el autor intentó aplicar a los textos analizados una lectura y teología retóricas, cosa que ha logrado y le ha merecido no solamente la obtención del doctorado en teología, sino también la publicación de la tesis. Sería de desear que en futuros escritos logre ser comprendido por el auditorio, el trabajo sea sometido a una profunda revisión literaria y, finalmente, que incluya otros modos de acceso a los textos, ya que el aquí utilizado no parece haber dado sus frutos.

EDUARDO DE LA SERNA